

franceses las honras de su difunta Reina, oyéndose desde los navíos las dos salvas reales al tiempo de la Misa, y el ruidoso disparo de los fusiles de la tropa, con gran sorpresa y susto de los Jesuitas que nunca habian presenciado semejante cosa: el Mártes 19 como á las doce del dia, tiró la Capitana la segunda pieza de leva, y vinieron todos los ochocientos ochenta Jesuitas del puerto, á dar á sus hermanos los últimos abrazos, hasta que á las diez de la noche disparado el último cañonazo, se hicieron los nuestros á la vela: siguieron su viaje con alguna calma que los obligó á anclar frente de Cerdeña, y el Viérnes 29 dieron fondo todos los navíos, segun fueron llegando á vista de S. Fiorenzo, puerto tambien de la Córcega, donde tambien habia Jesuitas, pues pasaban de dos mil los que se hallaban distribuidos en toda la isla.

En la noche de ese dia pasó el Sr. Alburquerque á todos los navíos, y propuso á los Padres que siendo el término de su viaje la Bastia, dispusiesen pasar allí dentro de dos dias, bien por tierra ó por mar en botes. Ambas propuestas tenian sus inconvenientes y muy graves: hacer el viaje por tierra era conocidamente peligroso, y aun imposible á unos miserables forasteros, que carecian de lo necesario para trasportarse por un país que habia de arder en guerra dentro de pocos dias, pasando entre franceses y corsos, como entre dos terribles escollos; el viaje por mar era no menos expuesto porque habiéndose de hacer en botes pequeños, sobrecargados de tanta gente y de sus equipajes, ó corrian peligro de sumerjirse en las olas de un mar alborotado, ó si por accidente se arrimaban á los puertos corsos podian ser echados á pique á cañonazos. Así lo hicieron presente al comandante suplicándole que los llevase embarcados hasta la Bastia, mientras hubiese el fondo necesario; pero él insistió en su proposicion, entre otras razones, porque la guerra habia de publicarse y comenzar hasta el dia 5 de Agosto, para el que faltaban algunos dias.

En esas tristes circunstancias, los Jesuitas ocurrieron por último recurso á la proteccion de su P. San Ignacio, de quien fueron oidos y auxiliados en aquella nueva tribulacion: sin saberse la causa, el Sábado 30 de Julio víspera de su festividad, dispararon los franceses desde el castillo de la plaza de S. Fiorenzo cañonazos sobre los corsos, quienes correspondieron, haciendo fuego á una saetía francesa que estaba muy descuidada, pasando las balas muy cerca de la cabeza del Comandante que iba en otro barco desprevenido, por la cual entrando en el *Neron* no poco sobresaltado, hizo que pusieran bandera inglesa, diciendo á los Jesuitas que seguirian en los navíos, porque no convenia otra cosa: la misma orden recibieron el 31 de Julio los capitanes de los demás navíos, siendo así que el dia anterior habian entrado como diez y ocho botes de la Bastia para conducir allá á los

Jesuitas, creyendo todos y con razon, que aquel favor lo habian recibido del cielo por la singular proteccion de su gloriosísimo y santo Padre.

Lo que les hubiera pasado á todos se inferirá de lo que sucedió el 4 de Agosto á unos pocos que se arriesgaron á tomar uno de esos pequeños barcos, el cual acometido de furiosos vientos, sin poderse acoger á los puertos de Córcega, de donde les disparaban muchos cañonazos, por no morir al rigor de las balas, se hicieron mar afuera, donde no pudiendo resistir la furia de las olas alborotadas, por mucha que fué la industria de los marineros, se volcó sin poderlo remediar, cayendo los Jesuitas al agua: “algunos, dice el P. Gonzalez, quedaron agarrados con gran trabajo del bauprés y de la vela, otros se fueron á fondo, otros nadando batallaban con el mar enfurecido y hubo de estos quien cojiendo por fortuna el pié del otro que se habia asido del barco, con gran fatiga, conseguia tenerlo compañero de su naufragio, como lo hubieran sido todos dentro de pocos momentos, si todos al mismo tiempo interiormente inspirados sin saber el uno del otro, no hubieran acudido con gran confianza en su interior á la Soberana Madre, Virgen María de Guadalupe de México, como despues lo fueron declarando cada uno de por sí, á cuya intercesion confiesan deber atribuirse la pronta é inesperada vuelta con que se enderezó el barco, en donde volvieron á entrar, cantando á Dios y á la Santísima Madre las merecidas alabanzas. Estos fueron los primeros que entraron en la Bastia medio desnudos, pálidos y despavoridos, y fueron los PP. Francisco Javier Alegre, Nicolás Ocegüera, Manuel Terán, Agustin Castro, Francisco Javier Clavijero, Francisco Calderon, Miguel Castro, Domingo Rodriguez y José Peñalver, y un sirviente que por sus negras desdichas les habia seguido desde la Habana.” En debido agradecimiento de este beneficio, se colocó un cuadro en la Bastia que recordaba este suceso.

“Si estos náufragos llegaron á la Bastia, como salidos del sepulcro, otro llegó para entrar en él, prosigue el escritor, y fué el P. Joaquin Insausti, Jesuita edificante, que habia sido Maestro, Procurador á Roma, Rector de varios colegios, y al tiempo de la expulsion lo era del de S. Ildefonso de Puebla, el cual se habia venido casi muriendo por toda la navegacion, y no hallando lugar en S. Fiorenzo en donde saltó en tierra para quedarse allí, se volvió á la *Amable Señora*, y llegó á la Bastia el dia 4 de Agosto. El Hermano, que lo acompañaba urgido de la necesidad, lo llevó al Colegio de la Compañía en donde fué recibido de aquellos pocos Jesuitas, con mucha caridad y temor de que lo tuviese á mal la tropa francesa que tenia allí su alojamiento; pasó toda aquella noche angustiado de la diarrea que era su enfermedad, mas dándole muchas gracias al Señor de que

lo habia traido á morir á casa de la Compañía de Jesus; y murió al otro dia 5 de Agosto, en que celebra la Iglesia á Sta. María *ad Nives*, como á las cuatro de la tarde y al otro dia, Sábado 6, dia de la gloriosa Transfiguracion del Señor, por la tarde se le hizo un solemnísimos entierro por la asistencia de todas las provincias americanas con la suya de México que ya habian saltado en tierra. Fué el último Jesuita que se sepultó en aquel Colegio, cuya iglesia es la primera que se dedicó en toda la Universal Compañía á N. P. S. Ignacio, como lo dice el rótulo que está sobre la puerta de la misma iglesia y de quien fué muy devoto el P. Insausti, y era su paisano y vizcaino de nacion, aunque fué tan niño á México en donde entró Jesuita, que decia no haber visto en su tierra otros lugares que Azcoytia y Azpeytia, y cuando fué de procurador á Roma, no quiso volver ni pasar por ella:” el P. Insausti tenia cincuenta y siete años de edad.

En los dias 4 y 5 de Agosto fueron desembarcando los Jesuitas de las provincias americanas hasta el número de más de mil en la Bastia, y dejando los equipajes en los barcos, pasaban á la catedral á recibir boleta del comisionado español para el repartimiento de las casas: salieron en seguida á buscarlas, pasando muchos trabajos en aquel país extraño y cuyo idioma les era desconocido para encontrar las habitaciones; algunos no llegaron á encontrarlas, y otros las hallaban tan estrechas, que para donde se habian asignado doce, cabian estrechamente la mitad: esto ocasionó que por no quedarse en las calles, se metian en donde encontraban lugar, aunque fuese un figon, con gente, que no sabian, ni que estado tenian, ni que costumbres eran las suyas, ni si sus personas y poquísimos bienes estaban allí seguros. Fué de toda necesidad que los Jesuitas se metieran á cocineros, disponiendo la comida segun alcanzaba su industria; comida, que como escribia con gracia uno de ellos, así era como salia: además tenian que salir á comprar la carne, el carbon, el agua y todo lo necesario.

Cada particular pasaba todas estas fatigas en su persona, con una paciencia notable, y aun muchos haciendo cosas de burla las que realmente tanto les atormentaban. Pero los superiores no podian ver sin gran dolor aquellas tribulaciones, y sobre todo los llenaba de una incomparable angustia ver las penas especialmente de la juventud que iba en su compañía á la que miraban con amor y ternura de hijos, viviendo traspasados de ver unos tiernos jóvenes desterrados de su patria y en país tan remoto y extraño, sin un rincon en que alojarse, sino con mil apreturas, tomando una escasa y mal condimentada comida á costa de increíbles afanes, dispersos al principio y vagando de una á otra parte, como el tierno parvulito, que no encontrando á su madre la llora como perdida y la busca de casa en casa. Todo el amor, solicitud y diligencia del Padre Provincial y de-

más Padres se empleaban en juntar y recoger á los jóvenes estudiantes, buscándoles habitacion donde pudiesen vivir juntos con el alivio que fuese posible; y era tan grande el privilegio que gozaban, que en pareciendo que les podia servir alguna, desalojaban de ella á los antiguos, quienes la cedian con mucho gusto por el amor y compasion de aquella juventud que deseaban ver libre de todos los peligros, aunque ellos se fueran á la calle sin hallar otra casa: lo que todos padecieron durante el tiempo que permanecieron en la Bastia es indecible y solo puede discurrirse por los que se pongan en lugar de aquellos tristes desterrados y consideren lo que pasarian unos extranjeros, en tan gran número y en medio de la mucha tropa, corsa, que aun no habia evacuado enteramente la plaza, y que estaba irritada por la cesion que de su patria habia hecho á la Francia la República de Génova, despues de haber peleado más de cuarenta años por su independendencia [1].

Pero la salida de todos esos soldados, á quienes sin embargo se les intimó por el jefe de la insurreccion Paoli, áun con pena de la vida, como escribe el P. Navarrete, que tratasen á los Jesuitas con la debida consideracion, lo que no todos hicieron esa salida; aumentó sus padecimientos con la ocupacion de la Bastia por el ejército francés. Esta se verificó el 27 de Agosto, que entró en la Ciudad el General Chauvelin, par de Francia, con grande acompañamiento del Senado y autoridades civiles y muchas tropas, con salvas, repiques y las mayores muestras de alegria. La tendrian los nativos, pero respecto á los Jesuitas crecieron en gran manera ese dia sus padecimientos; porque con la multitud de tropa escasearon los víveres ó se compraron más caros; tuvieron que desocupar muchas casas, y en las que quedaron se les intimó con graves penas áun echar agua por las ventanas, siendo así que no habia en ellas, patios, pozos, resumideros ni áun lugares reservados para las comunes necesidades; agregándose á todas esas privaciones, el fundadísimo temor de que los corsos atacasen la Bastia y fuesen víctimas de las consecuencias de los ataques y del asalto, si llegaba á emprenderse. Todo esto atribulaba sumamente á los Jesuitas, y aquella noche de tantos festejos en la ciudad, fué para ellos una de las más aflijidas, que pasaron en todo su viaje, por no saber á donde ir, ni de que medios valerse para escapar de aquella gran penalidad que se les esperaba, y se auguraba con aquellos principios. Pero lo que

[1] Hablando de esta árida é inhospitalaria isla, en la que desterrado por Neron, escribió Séneca su libro *De Consolatione*, recuerda el P. Lozano el siguiente texto de él, que dá á conocer todo el horror de la situacion de los confinados á Córcega. “De todo, dice el filósofo, se carece aquí sin exceptuar el fuego: *Non panis, non haustus aquae, non ultimus ignis. Hic sola haec duo sunt. Exul, et Exilium.*” Pero cuando los Jesuitas estuvieron allí sobró el fuego, añade el P. Lozano, por la encarnizada guerra que se hacian los corsos y franceses. aumentándose al mismo tiempo el número de los desterrados y las penalidades del destierro.—(*Certámen de Calvaristas y Taboristas*).

no alcanzaba la humana prudencia lo hizo el favor divino, librándolos de aquella aflicción que tenía oprimidos todos sus corazones. Al día siguiente, que fué el 28 de Agosto, para dar principio el General francés á su dominación hizo llamar al comisionado de España, previniéndole que intimase á los seis provinciales americanos, que de orden del Rey cristianísimo saliesen de la Bastia con todos sus súbditos para los Estados de Génova; orden que el mismo comunicó al Rector y demás Jesuitas de la provincia de Milan, que tenía allí un Colegio y eran muy queridos y venerados de los vecinos.

No hay duda que todos tuvieron por un efecto singular de la Providencia amorosa de Dios el salir de la Bastia, cuya detención en ella los tenía afligidos por aquellas tan críticas circunstancias en que se veían; y mucho más esperando que el Señor los dirigiese por buen camino á la tierra deseada de los Estados Pontificios, provista de alimentos y habitaciones y con gente más tratable; lo que les hacía sobrellevar con gusto, cualesquiera incomodidades que aun tuviesen que sufrir, en virtud de aquella inhumana providencia.

Ella fué tal, que el protestante Schoell, no ha podido menos de condenarla, refiriendo el modo cruel con que Choiseul hizo proceder á esas persecuciones: "La manera con que se verificó esta nueva expulsión manifiesta cual era la pretendida filantropía de los corifeos de la filosofía. Se había sido injusto con los Jesuitas franceses; pero la conducta que se observó con los españoles (*y americanos*) á quienes los Genoveses habían concedido un asilo en la Isla de Córcega, fué bárbara. Se hicieron á los religiosos en buques, en los cuales á causa de un calor que sofocaba, estaban como amontonados sobre cubierta, echados los unos encima de los otros y expuestos á los ardores del sol. De esta suerte fueron trasladados á Génova, y enviados desde allí á los Estados Pontificios [1]."

Y aún más dice la historia. Recibida esta orden general por todos los Jesuitas de salir de Córcega, comenzaron el 30 de Agosto á embarcar sus equipajes: el 31 embarcados ya baúles y camas, como á las cuatro de la tarde pasaron á bordo todos los Padres americanos y una hora después los del Colegio de la provincia de Milan: los nuestros, distribuidos en diez y ocho embarcaciones pequeñas y los de Milan en la Capitana que era un jabeque francés, se hicieron á la vela el mismo día y muy tarde. Lo que pasaron en cada uno de esos reducidos buques, puede inferirse, por lo que de uno de ellos escribe un testigo presencial. "El P. Ceballos venía de superior de noventa y nueve Jesuitas mexicanos que eran los que venían en un buque llamado la *Benvenuta*, tan pequeño que aquella numerosa grey no ca-

[1] Curso de historia de los Estados europeos, tomo XL pág. 53.

bía, como se dice, de piés. Los colchones que no había donde tenderlos, se echaron á la bodega sin desatarse haciéndose todos cuenta de que una mala noche como quiera se pasa. Mas no les sucedió como se pensaba, porque arribando al día y medio de navegación á Portofino, perteneciente á la República de Génova, allí nos estuvimos á bordo diez días, prohibidos de saltar en tierra desde el día 2 de Septiembre que allí arribamos hasta el día 12 que salimos. El capitán ó patron era un hombre tan intrépido y tan mal conceptuado de los Jesuitas, que de que uno se moviera (para satisfacer alguna necesidad urgente) les daba gritos y acres reprensiones. La ración que se nos daba era menos que la de un triste marinero, y se reducía á unas galletas duras y un poco de frijoles ó de arroz, sin tener caldera en que echarlo, ni fuego con que cocerlo. Todo el alimento se reducía á alguna fruta medio madura, que solían vender á bordo, que solo comían los que tenían estómago delicado, que eran pocos. Con mucha diligencia y súplicas, se consiguió el que dos Hermanos llevasen á cocer á tierra, ó el arroz ó los frijoles ó la calabaza, y cuando esto venía medio saucuchado, en un cubo de marineros en que se echaba, se iban llegando ancianos y jóvenes, con escudilla de barro cada uno, para recibir la que les parecía preciosísima vianda, con un poco de vino muy medido y no menos desagradable."

"Todo esto que los sujetos padecían con mucha alegría, lo miraba con mortal angustia el P. Ceballos á quien tocaba y por ningún camino podía remediar, olvidado de lo que en sí padecía por la compasión de los otros, que en todo este tiempo ni se desnudaron para dormir ni se sentaron á la mesa para comer. Ni era de culpar en un todo al capitán, que juzgando hacer viaje de un día estuvo allí detenido tanto tiempo esperando las órdenes del Comandante francés, antes viendo la paciencia, mansedumbre y afabilidad del superior de aquella comunidad, se fué domesticando como también advirtiendo la general alegría de todos en medio de tantas incomodidades, y observando que se juntaban á rezar la letanía de los Santos, que distribuidos en varios coros en voz inteligible también rezaban el Rosario; y por último, viendo que como inocentes corderillos no se quejaban puestos en un insensible y desconocido matadero."

A la tribulación de estos días se agregó otra de mucha gravedad en aquellas circunstancias: los Jesuitas habían creído que todo aquel viaje era costado por las autoridades francesas; pero el día 5 del mismo mes cuando estaban á la vista del puerto y sin poder desembarcar, se encontraron con la novedad de que los Comandantes de los buques exigían cinco pesos fuertes á cada uno de ellos, flete de aquel viaje, amenazándolos con que de no recibirlos les embargarían el baúl y la cama; y como ya habían gastado muchos toda la pensión ó gran parte de ella en las ocurrencias de la Bastia y del em-

barque, no sabían que hacer en esa presente é inesperada vejación, porque ni era fácil conseguir dinero en la cantidad que se requería en un país enteramente desconocido, ni tenían medios de asegurar el pago y enteramente ignoraban á qué persona podrían dirigirse para conseguirlo; y por otra parte les era sumamente sensible la pérdida de la poca ropa que llevaban en los baúles y la de sus colchones. A esto ocurrió la caridad de algunos de los Padres, de familias acomodadas, que á la salida de Veracruz habían recibido de sus padres, parientes ó amigos algunos auxilios pecuniarios para las urgencias que pudieran sobrevenirles, los cuales pagaron aquella pensión por los que ya no tenían de qué hacerlo. Por último, avisados el día 11 de que habían de salir para Sestri en barcos pequeños, comenzaron á efectuarle desde el día siguiente hasta el Juéves 15, octava de la Natividad de Ntra. Señora, en que llegaron los últimos doscientos que habían quedado en Portofino.

Conforme fueron llegando á Sestri se iban alojando en las casas de aquel pequeño puerto del Genovesado, con mucha caridad de los vecinos, aunque con suma incomodidad, y gasto de los Jesuitas, tanto porque las casas no eran suficientes para hospedarlos en tan crecido número, cuanto porque siendo muy pobre aquella población tenían que partir sus alimentos con sus huéspedes pues aunque había posada pública, ni todos llegaron á saberlo, ni la comida que en ella se disponía era bastante para todos. Allí volvió á intimárseles una pronta salida, tan luego como todos estuviesen reunidos, prometiéndose que á cada uno se le daría bestia para cabalgar y para tres un baúl en que llevar alguna ropa: esta oferta no pudo realizarse por completo, de lo que resultó que unos salían á su costa, otros á la agena, quienes á pié y quienes en machos aparejados tan corpulentos, que no se podían montar si no se lograba algún lugar eminente para tomar su altura, ni desmontar sin la misma diligencia ó la de ponerse á peligro de quebrarse una pierna ó tal vez la cabeza; animales tan indóciles que no caminaban sino por donde querían, ó los arreaban los arrieros, porque eran de carga. Algunos vendieron sus pobres alhajas y la misma ropa de su uso, y por último viendo que no podían llevar consigo sus baúles los dejaron allí cerrados, contentándose con llevar alguna muda de ropa blanca y la muy precisa para dormir.

En ese triste estado salieron todos de allí el 20 de Septiembre llegando el mismo día á Baresti, y al siguiente 21, día de S. Mateo que era de fiesta, despues de oída la Misa en Burgótaró, Ciudad perteneciente al duque de Parma, sobrino de Carlos III que también había expulsado ya á los Jesuitas. Allí sin embargo se tuvo la humanidad de darles alojamiento y cena bastante regular de orden del mismo duque; pero previniéndoseles salir al otro día y dejar los colchones y

toda la ropa, á excepcion de la que se pudiese llevar en un pequeño envoltorio, asegurándoles que se les remitiría cuanto ántes, y que por el camino no les faltarian camas en las posadas.

De allí salieron todos en caballos ó mulas, aderezados rústicamente segun lo que se pudo encontrar entre aquellos campesinos; y como la mayor parte de esas cabalgaduras eran de carga, acostumbradas á caminar unas en pos de otras, aquella numerosa tropa de Jesuitas, puestos en fila parecia una collera de presidiarios conducidos á su destino, con la diferencia de que no mirándolos como á reos facinerosos, cuantos los veían pasar les daban el tratamiento de santos mártires y de gloriosos confesores de Jesucristo, á veces llorando y significando con alaridos su veneracion y afecto compasivo, teniendo muy fresca la memoria de los Jesuitas que poco antes habían salido expulsos de aquellos Estados, á quienes se conocía habían venerado mucho los parmetanos.

De esta suerte caminaron sufriendo el mal paso de las bestias, y con algunos accidentes bastante penosos, entre ellos el de la caída del P. Pedro Ganuza, Ministro de los jóvenes estudiantes, en un río donde estuvo en peligro de ahogarse. Al medio día se comió en una venta llamada Jarré, llegando al anochecer á Fornovo, donde se encontraron muchos coches, prevenidos por el duque de Parma, llegando al otro día á comer á S. Lázaro, hostería que está á la entrada de la capital del ducado. Hasta ese lugar hicieron el viaje de cuenta del duque de Parma, que se mostró con más humanidad que el Rey de España su tío; pero allí mismo al amanecer el día 24, se les notificó que terminaban aquellos auxilios y que en lo sucesivo harían sus gastos los Jesuitas.

Con esa noticia bastante afflictiva, porque la mayor parte habían consumido ya su pensión en los días anteriores, aunque siempre socorridos por sus mismos hermanos, que podían disponer de alguna más cantidad; pasó, pues, toda aquella comitiva á Reggio, de los dominios del duque de Módena, á donde llegó ese mismo día alojándose en una posada pública, con menos molestias que las experimentadas en las demás Ventas del camino. Hasta esa fecha aún no había sido expulsada la Compañía de esa ciudad; y por lo mismo el recibimiento hecho en ella á los proscritos por los particulares, tuvo mucho de edificacion, de compasion y de cariño: acudieron á la dicha posada multitud de eclesiásticos, caballeros y otras personas distinguidas, de los cuales unos llevaban á los Jesuitas á visitar las iglesias y cosas muy especiales de aquella Ciudad; otros iban á informarse con interés de lo que les había pasado en aquella su larga caminata; no faltaron algunos que solo fueran por una impertinente curiosidad; pero todos les dieron grandes muestras de una sincera aeneration: entre ellos se distinguió el Illmo. Sr. Obispo de la ciu-

dad que al ver arrodillados á los Jesuitas para besarle la mano y pedirle su bendicion episcopal, llenos los ojos de lágrimas se resistió á aquel acto tan tierno, expresándose delante de todos los concurrentes, que S. L. veia en ellos unos mártires de Jesucristo, y que antes debian alcanzarle del cielo toda felicidad con sus apostólicas bendiciones.

A otro dia 25 que era Domingo, llegaron con mayores trabajos que los pasados á las hosterías que están á la puerta llamada de Zaragoza, á la entrada de Bolonia; y allí se les mandó permanecer hasta que todos los americanos estuviesen reunidos, prohibiéndoseles entrar á la Ciudad. Esta orden llegó de Roma del P. General Lorenzo Ricci, quien supo lo ocurrido con las provincias americanas, (de cuya suerte no habia recibido la menor noticia) por un accidente, al que debió este conocimiento, y que sirvió para dictar aquella providencia. Fué el caso, que de los buques en que habian salido los americanos de la Bastia, uno de ellos, tal vez el más pequeño, que conducia un corto número de Padres, casi al llegar á las costas de Génova fué arrebatado por una tempestad tan fuerte, que lanzó un rayo sobre la reducida embarcacion haciendo pedazos en dos partes el palo mayor, y agitado por el viento, le arrojó á las playas de Civita Vecchia; y si bien habia orden de no recibir allí á los Jesuitas como otra vez se ha dicho, sin embargo el mal estado en que llegaron aquellos pocos casi náufragos, movió á la autoridad del puerto á dejarlos desembarcar, porque no pudiesen á bordo, con la condicion de que uno de ellos pasase á Roma á informar de aquel suceso. El P. José Castillo que iba allí de superior, eligió para este encargo al P. Pedro Cesati, Jesuita anciano y muy venerable, el que partió á la Santa Ciudad, llevando cartas al P. General informándole de lo ocurrido desde Junio de 67 hasta esa fecha, que era á principios de Septiembre del año siguiente, comunicándole, que tanto la Provincia mexicana, como las demás de las Américas debian estar á esas horas en Génova ó en Sestri. Con aquella nueva tan aflicta, se pudieron tomar ya algunas disposiciones, señalándose por el Gobierno Pontificio á la Ciudad de Bolonia para punto de reunion de todos los Jesuitas americanos, aunque con ciertas excepciones de que hablaremos en seguida.

Llegados los Padres á las hosterías mencionadas, en un estado tan deplorable, pues los más iban mal vestidos ó medio desnudos, la mayor parte en cuerpo por haberse destruido los manteos y sobrepapas, con los zapatos viejos y rotos como de un camino en que habian navegado más de seis meses y caminado más de un año, se tuvo por conveniente el que se esperase al Padre Provincial, si aun no habia llegado, para que fuese distribuyendo á sus súbditos, unos á Ferrara y otros á varios pueblos, nombrados *Castellis* pertenecien-

tes á la legacia de Bolonia, permitiéndose únicamente la entrada á la Ciudad á los superiores de la Provincia y otros Padres ancianos hasta el número de diez y seis sujetos, para cuya morada se asignó una casa. Para las demás provincias americanas se dieron semejantes disposiciones.

El P. Provincial, que lo era todavia el P. Salvador de la Gándara, habiendo tenido que hacer el viaje á pié desde Módena ya que habian salido los demás, llegó hasta el dia 27 en una situacion tan deplorable, como lo restante de los mexicanos; pues como segun se dijo, ya todos caminaban á sus expensas, muchos no comian, otros vendian para comer los harapos que les habian quedado y muchos venian de limosna que les hacian sus compañeros, no menos necesitados, porque puede asegurarse que todos merecian el legítimo nombre de mendicantes. Los trabajos padecidos en este último camino fueron indecibles; pero aun fueron mayores los del Padre Provincial, que recibia á los demás en las hosterías dichas, dándoles allí de comer, y lo necesario para pasar á los lugares de su respectivo destino, llegando diariamente muchos desnudos y hambrientos al mismo tiempo.

Los lugares destinados en la legacia de Bolonia para la Provincia mexicana fueron *Castel San Pietro, Castel Bolonense, Castel Güelfo, Medicina y Budrio*. A ellos y á Ferrara se dirijieron todos, segun la asignacion que se hizo de sus personas, y salidos todos á su destino, los superiores y demás destinados á Bolonia entraron á esa Ciudad el dia 9 de Octubre de 1768, víspera de S. Francisco de Borja, hospedándose en la casa que se les habia dedicado llamada la *Locanda de la Tita*, que despues se tituló Ntra. Señora de Guadalupe. Posteriormente, como se dirá en el Capítulo que sigue, esta distribucion de la Provincia, que solo fué provisional se arregló de una manera más conveniente.